

y lanzarse después contra estos últimos si se presentaban, destruyendo y recibiendo daño, y dejando á la suerte el cuidado de salvar toda la división ó parte de ella. Pero para este acto desesperado se requería ante todo una casualidad feliz: viento favorable. Así, pues, hechos sus preparativos de viaje, se puso á esperar ó bien que asomase el general Dupont, ó que llegase la respuesta favorable de Sevilla ó que soplaste un viento propicio.

Llegó el 14 de junio sin que ninguna de estas tres circunstancias tuviese efecto: el general Dupont no se presentó; la Junta de Sevilla exigía que la rendición fuese pura y simple; el viento soplabá del Este é impelía la escuadra hacia el fondo de la bahía en vez de favorecer su salida. Reinaba cabalmente el mismo viento que había hecho falta pocos días antes para entrar en la Carraca, cuando todavía los canalizos no estaban obstruidos. Entretanto los medios del enemigo habían triplicado por lo menos: no quedaba más perspectiva que la de padecer una destrucción lenta y segura con un cañoneo á que no se podía corresponder ni para satisfacer la venganza. De rendirse, quedaba por lo menos el azar de recobrar á los pocos días la libertad si el ejército francés conseguía la victoria. Hubo, pues, que arriar bandera sin salvar más que la vida: así los valientes marinos de Trafalgar, siempre infortunados por causa de las combinaciones de una política más favorable al continente que á los mares, se vieron nuevamente sacrificados en esta ocasión y constituidos prisioneros de una nación aliada, que después de haberles auxiliado tan malamente en aquel malhadado y glorioso combate (1), se vengaba en ellos de los acaecimientos generales en que no habían tenido la menor parte. Los buques fueron desarmados, los oficiales lluvados prisioneros á los castillos entre frenéticos aplausos de un populacho feroz. Así acabó en el mismo Cádiz la alianza marítima de las dos naciones, con indecible júbilo de los ingleses, que habían ya saltado á tierra y se conducían en aquel puerto como dueños. ¡Así se desvanecían, una tras otra, las ilusiones de que había sido objeto la península, y cada una de ellas al disiparse hacía entrever una sima espantosa!

Acababa de entregarse el almirante Rosily por no haber llegado el general Dupont á tiempo para socorrerle: ¿qué iba á ser ahora de Dupont, aislado con sus diez mil bisoños en medio de la Andalucía soliviantada? Se había creído que todo cedería á su presencia; que en su marcha se le agregaría un refuerzo de cinco ó seis mil suizos; que otra división francesa, cruzando pacíficamente el Portugal, le saldría al camino por Elvás, y que con esto podría ponerse sobre Sevilla y Cádiz con veinte mil hombres; y la mayor parte de los suizos, envueltos en la insurrección, se habían pasado á los naturales; el Portugal, conmovido al rumor del levantamiento de España, no podía atravesarse fácilmente, y el general Kéllermann apenas había podido llegar á Elvás con alguna caballería. Todo lo que en un principio parecía fácil, contando con la antigua sumisión de la España, se había vuelto difícilísimo: cada lugar se había trocado en un matadero para nuestros soldados; los víveres des-

(1) Véase la nota estampada al pie de la página 407, en defensa de nuestra marina tantas veces calumniada. (N. del T.)

aparecían y sólo eran constantes las inclemencias de un clima devorador.

Al detenerse en Andalucía estaba el general Dupont muy ajeno de figurarse lo que iba á pasar. Cierto que no había fundado grandes esperanzas ni en los suizos, que debían reunirse por la vía de Granada, ni en la división francesa destinada á alcanzarle cruzando el Portugal: contaba sólo con sus propias fuerzas, con la unión de sus dos divisiones, y no se le ocurría dudar un solo momento de que con veinte mil hombres sujetaría la Andalucía: pero tratábase de saber si habían logrado sus correos llegar á Madrid, donde estaban detenidas sus dos divisiones en la incertidumbre de lo que pudiera acontecer en el centro de España. Así permaneció unos diez días en Córdoba esperando instrucciones y refuerzos que nunca llegaban; y entretanto la noticia del desastre de la escuadra, la de la defección de los suizos y de las tropas del campo de San Roque, y la contestación que dió el general Castaños á un enviado que le había despachado y que probaba estar ya irrevocablemente comprometido en la insurrección acabaron por convencerle del peligro de su actual posición. Veía por una parte echársele encima, del lado de Sevilla y á su derecha, el ejército de Andalucía; por otra, viniendo por la izquierda y por Jaén, el ejército de Granada; era este último por entonces el más peligroso, porque desde Jaén no tenía que dar más que un paso para plantarse en Bailén y apoderarse de aquel acceso de los desfiladeros de Sierra Morena, mientras el general Dupont estando en Córdoba distaba de allí veinticuatro leguas francesas. Semejante posición era insostenible, y además, sin condenarse á perecer, no podía dejar las gargantas de Sierra Morena en poder del enemigo. Harto hacía con tolerar que las infestasen las indisciplinadas gavillas de Agustín Echavarrí, interceptando los correos y los convoyes; por lo cual, aunque á su pesar, tomó el partido de salir de Córdoba y retroceder hasta Andújar, donde podría enseñorearse del Guadalquivir, á siete leguas de Bailén y mucho más cerca de los desfiladeros de Sierra Morena. De modo que en vez de empezar su *paseo triunfal* por Andalucía, tuvo que emprender un movimiento retrógrado.

No teniendo urgencia alguna, verificó esta retirada lenta y ordenadamente. Partió en la noche del 17 para poder marchar toda ella, según se acostumbra á hacer durante el estío en los climas cálidos; además, como con las noticias que había de la crueldad de los españoles ningún enfermo ó herido que pudiese soportar las fatigas del viaje quería quedar rezagado, hubo que llevar en pos un interminable séquito de carros, que emplearon más de cinco horas en desfilar y que los españoles é ingleses en sus gacetas supusieron ser carros cargados con los despojos de Córdoba. Todo el botín hecho en esta ciudad se redujo á unos dos millones y medio escasos, y á unos pocos vasos sagrados, de los cuales la mayor parte se restituyeron; por otra parte es evidente que tres ó cuatro cajones hubieran bastado para conducir en objetos preciosos el más pingüe botín. Eran, pues, heridos, enfermos en considerable número y muchas familias de oficiales que habían acompañado á nuestro ejército en España, donde parecía más destinado á una larga ocupación que á una guerra activa, los que ocupaban aquella inmensa fila de bagajes. Quedaban sin

embargo en Córdoba algunos enfermos y heridos bajo la protección de las autoridades españolas, las cuales cumplieron fielmente la palabra dada al general Dupont de cuidarlos con todo esmero. En efecto, los odiosos asesinatos que hemos referido eran más de temer en España en los lugares y aldeas, de que era dueño un paisanaje feroz, que en las ciudades populosas, en que dominaba por lo común la gente humana y prudente, extraña á los excesos cometidos por el populacho.

Durante la travesía no hubo que vencer la menor hostilidad; pero al llegar á Montoro quedaron nuestros soldados helados de espanto viendo pendientes de los árboles, medio sepultados en tierra ó hechos pedazos los cadáveres de los franceses sorprendidos aisladamente por el enemigo. Jamás nuestro ejército había cometido ni padecido semejantes actos de barbarie en país ninguno, á pesar de haber guerreado en todas partes, en Egipto, en Calabria, en la Iliria, en Polonia y en Rusia; por lo que le quedó de aquel espectáculo una impresión indeleble, superando á su extrema indignación la tristeza de pensar en la suerte destinada á los que tuviesen la desgracia de caer heridos ó enfermos, ó de retrasarse con las fatigas, la sed y el hambre del camino. Apoderóse de todo el ejército una gran melancolía, que produjo resultados enojosos.

Llegó á Andújar y al Guadalquivir al día siguiente, 18 de junio; los habitantes, temerosos de que vengase en ellos los asesinatos cometidos así en aquel pueblo como en los lugares circunvecinos, huyeron dejándole completamente abandonado. Hízose un registro general en busca de víveres y se hallaron los suficientes para los primeros días. Situó el general Dupont dentro de Andújar á los marinos de la guardia, que eran la tropa de más juicio y resistencia que consigo llevaba. Despachó emisarios á todos los habitantes invitándoles á regresar á sus hogares con la promesa de que no se les haría el menor daño, y logró en efecto que volviesen. Había en Andújar algunos recursos para los heridos y enfermos, de que se usó con el mayor orden para no agotarlos inútilmente. Procuróse también reunir medios de subsistencia, ya ofreciendo dinero, que aún no escaseaba, ya organizando el merodeo. Tenía Andújar un puente viejo sobre el Guadalquivir, con torres moriscas que hacían de cabeza de puente: llenáronse éstas de tropa escogida; hiciéronse algunas obras de campaña á ambos lados; establecióse después la primera brigada en el río y un tanto adelantada; situáronse los suizos detrás del pueblo y la caballería lejos, en la llanura, observando la comarca hasta la falda de las montañas de Sierra Morena, y de este modo se arregló una posición donde, no faltando actividad para juntar provisiones, podíamos sostenernos bastante tiempo y esperar seguros los refuerzos pedidos á Madrid.

Nada hubiera habido que criticar en la resolución de retroceder para aproximarse á los desfiladeros de Sierra Morena, si se hubiese tomado la posición mejor respecto de los mismos; pero no sucedió así por desgracia, y de este error tuvo después que arrepentirse el general Dupont. El verdadero motivo de dejar á Córdoba con todos sus recursos era el temor de que los insurgentes de Granada, por la izquierda de nuestro ejército avanzasen hasta Jaén, pasasen el Guadalquivir en Menjíbar, tomasen á Bailén y nos cerrasen los desfiladeros de la

Sierra; y este peligro era inmenso por la distancia de veinticuatro leguas que media entre Córdoba y Bailén. Cierto que en Andújar era la distancia de siete leguas solamente; pero además de no ser ésta poco considerable, había el temor de que el enemigo se echase de improviso sobre los desfiladeros. Había también más allá de Bailén otras salidas por las que eran igualmente accesibles las gargantas de Sierra Morena, que eran los caminos de Baeza y de Úbeda que caían sobre la Carolina, punto donde verdaderamente comienzan aquellas gargantas. Había, pues, que vigilar á Bailén desde Andújar, y además á Baeza y Úbeda, lo cual exigía doble cuidado; así que el partido mejor, al dejar á Córdoba, era entrar de lleno en la idea prudente de abandonar por completo esta ciudad y encaminarse al mismo Bailén, donde bastaba la sola presencia del ejército francés para guardar la boca de los desfiladeros, y desde donde con unas cuantas patrullas de caballería se podían fácilmente observar los caminos de Baeza y Úbeda. Ofrecía asimismo Bailén otras ventajas, pues presentaba sobre elevadas lomas una excelente posición desde la cual se dominaba toda la corriente del Guadalquivir, pudiendo caer sobre el enemigo que quisiera pasarle. Verdaderamente si no pudiera vadearse este río por diversos puntos, hubiera sido conveniente permanecer en sus mismas orillas para estorbar el paso más cerca; pero pudiendo el Guadalquivir atravesarse por infinidad de parajes, lo mejor era establecerse algo atrás en una posición dominante, desde la que se podía registrar toda la comarca y caer sobre cualquier cuerpo que quisiera atravesar el río para derrotarlo en el barranco que le sirve de lecho. Bailén reunía cabalmente todas estas ventajas. El sacrificio de dejar á Andújar, mirado como centro de recursos, era de poca consideración para que se desconociesen las razones que hemos expuesto. Fué por lo tanto, debemos repetirlo, un verdadero error detenerse en Andújar, en vez de tomar la posición de Bailén para frustrar las tentativas del enemigo con respecto á los desfiladeros. Por lo demás no era imposible repararlo desplegando una vigilancia muy activa, y evitar sus funestas consecuencias. Establecióse, pues, el general Dupont en Andújar esperando noticias de Madrid, que nunca llegaban ni era probable que llegasen, no habiendo apenas correos que lograsen atravesar por Sierra Morena.

Tal era á fines de junio el resultado de las primeras medidas encaminadas á reprimir la insurrección española. El general Verdier había disipado el amotinamiento de Logroño; el general Lasalle había triunfado del de Valladolid y Castilla la Vieja; el general Lefebvre había repelido á los aragoneses en Zaragoza, pero estaba detenido en aquella ciudad. El general Duhesme se veía precisado en Barcelona á batirse diariamente para mantener sus comunicaciones con el general Chabrán, enviado sobre Tarragona. El mariscal Moncey, que se había encaminado á Valencia, no había pasado de Cuenca esperando que la división Chabrán se le acercase más. Por último, el general Dupont, que había llegado triunfante á Córdoba, después de entrar y saquear esta ciudad, había retrocedido hacia los desfiladeros de Sierra Morena que le inspiraban justos temores y cambiado la posición de Córdoba por la de Andújar. La escuadra francesa surta en Cádiz se había entregado por falta de socorro.

Apenas eran sabidos estos pormenores en Madrid y en Bayona. Sólo se sabían allí los sucesos de Segovia, Valladolid y Zaragoza, y cuando más los de Barcelona; mas por lo tocante al Mediodía de España, todo se ignoraba. Si algo se traslucía en Madrid era por los emisarios secretos de los conventos y de las principales casas de España. Cundía, en efecto, con gran júbilo, entre los españoles devotos de Fernando VII, la noticia de que la escuadra francesa había sido destruída; que las tropas reguladas de Andalucía y del Campo de San Roque iban avanzando contra el general Dupont; que éste había tenido que levantar el campo, y que se hallaba actualmente en los desfiladeros de Sierra Morena; que el mariscal Moncey tampoco podría salir de los desfiladeros de Requena, tan dificultosos como los otros; que Zaragoza se mantendría invencible; que el revés sufrido en Valladolid por don Gregorio de la Cuesta nada significaba, y que este general volvía con Blake á la cabeza de los sublevados de Asturias, Galicia y León, para cortar el camino de Madrid á los franceses; por último, que el nuevo rey José, cuya salida de Bayona se anunciaba todos los días, no llegaría á ponerse en camino, y que el tan formidable ejército francés probablemente se vería precisado en breve á evacuar la Península. Estas nuevas, verdaderas ó supuestas, al punto que llegaban á Madrid se insertaban en boletines manuscritos, ó en las gacetas que clandestinamente se imprimían en los conventos, esparciéndolas por toda la península. Las abundantes cuestaciones que se hacían á beneficio de los insurgentes demostraban el alborozo que causaban en Madrid sus triunfos, y los deseos que había de ofrecerles todos los recursos imaginables.

Recogió el estado mayor francés estos rumores, y aunque no les daba crédito, tenía no obstante recelos y los comunicaba á Bayona. Tanto había instado Murat para volver á Francia que á pesar del deseo de mantener en Madrid la sombra de autoridad que él producía, se le autorizó para retirarse, lo que hizo con toda la impaciencia de un niño. Desde aquel momento quedó el general Savary de jefe reconocido de la administración francesa, poniendo espanto al vecindario de la capital con su actitud amenazadora y su reputación de ejecutor inflexible de la voluntad de su amo. Dotado de gran sagacidad, conocía perfectamente la situación y no le ocultaba á Napoleón su gravedad. Inquieto por la suerte de los dos cuerpos avanzados de Moncey y de Dupont, se resolvió á dejar á Madrid desguarnecido enviando las divisiones al Mediodía. Había sido ya detenido en Valdepeñas un convoy de galletas y municiones dirigido al general Dupont, y para pasar adelante había sido forzoso empeñar un reñido combate. Dirigió Savary la división de Vedel, que era la segunda de Dupont y se componía de seis mil infantes, desde Toledo á Sierra Morena, con orden de dejar aquellos desfiladeros expedidos y de reunirse á su general en jefe. Juzgábase que habiendo éste salido con doce ó trece mil hombres y juntando con la división de Vedel una fuerza de diez y siete ó diez y ocho mil, podía sostenerse en Andalucía. Intimábasele la orden de mantenerse en todo caso en los desfiladeros de Sierra Morena para impedir que los sublevados penetrasen en la Mancha. Sin embargo, adivinando Savary con su admirable perspicacia que el general Dupont era el más comprometido por causa de

las tropas disciplinadas del Campo de San Roque y de Cádiz que marchaban á su encuentro, se disponía á enviarle á Madrideojos, esto es, á medio camino de Andújar, su tercera división que mandaba el general Freyre, con lo cual hubiera reunido un cuerpo de veintidós ó veintitrés mil hombres, superior á toda contingencia. Pero obedeciendo á una observación de Napoleón, envió la división de Frere, no á Madrideojos ni al centro de la Mancha, sino á San Clemente. En este punto no estaba más lejos del general Dupont que en Madrideojos, y al mismo tiempo podía en caso necesario acudir en auxilio del mariscal Moncey, cuyo destino se ignoraba lo mismo que el de Dupont y á quien ya no era tiempo de enviar socorro por Tarragona, puesto que acababa de regresar allí el general Chabrán, obligado á retroceder sobre Barcelona.

Tomadas estas precauciones, pareció que podía fundarse alguna esperanza en los dos cuerpos franceses enviados al Mediodía de España y esperar que llegasen los acontecimientos. En Madrid no quedaban más que dos divisiones de infantería, la segunda y la tercera del cuerpo del mariscal Moncey, la guardia imperial y los coraceros. Bastaba por entonces, porque la llegada del rey José con nuevas tropas iba á hacer que quedasen otra vez en un pie respetable las fuerzas del centro. Con todo, el general Savary desistió con anuencia de Napoleón de enviar una columna sobre Zaragoza, y dejó al estado mayor general de Bayona el cuidado de atraer sobre la capital de Aragón sublevada fuerzas que pudiesen rendirla.

Terminábase en aquellos mismos momentos la constitución de Bayona, según queda referido en el libro anterior. Convenía apresurar el viaje de José á Madrid por dos razones: en primer lugar por la necesidad de suplir á la autoridad del lugarteniente general Murat, y además por la urgencia de poner en Madrid los refuerzos que estaban detenidos para escoltar al nuevo rey. Napoleón, en efecto, lo había dispuesto todo para proporcionarle una reserva de tropas aguerridas, de la cual, parte le siguiese hasta Madrid, parte reforzase en su misma marcha al general Bessieres, con objeto de hacer frente á los sublevados en Asturias y Galicia, que traían nuevamente al combate á los sublevados de Castilla la Vieja, vencidos con don Gregorio de la Cuesta en el puente de Cabezón; y otra parte, finalmente, fuese á cooperar, bajo los muros de Zaragoza, á la toma de esta importante ciudad. Dijimos que Napoleón había llevado de París al campamento de Boloña, del campamento de Boloña á Rennes y de Rennes á Bayona, seis regimientos veteranos: el 4.º ligero y el 15 de línea, el 2.º y 12 ligeros, el 14 y 44 de línea, dos batallones de la guardia de París, las tropas del Vístula, y por último, varios regimientos de los llamados de marcha. Había agregado á los seis regimientos de antigua planta dirigidos á España dos sacados del Rhin, que eran el 51 y el 49 de línea, y había dado órdenes para sacar de las orillas del Ebro otros cuatro de gran prez (el 32, el 58, el 28, y el 75 de línea), que formaban parte de las tropas de observación del Atlántico; todos los cuales componían una fuerza de doce regimientos veteranos agregados á los cuerpos provisionales enviados primitivamente á España. Así se disponía en Bayona una reserva considerable para hacer frente á las dificultades

de aquella guerra que se veía crecer por momentos. No limitó á esto sus precauciones, sino que temiendo que las partidas de Navarra, Aragón y el alto Principado se corriesen á la frontera francesa y la inquietasen, lo que por cierto hubiera sido un cruel desengaño para el conquistador que dos meses antes se creía dueño de toda la península desde los Pirineos á Gibraltar, formó cuatro columnas de mil doscientos á mil quinientos hombres cada una en toda la longitud de aquella cordillera, compuestas de gendarmes á caballo, guardias nacionales selectos, montañeses de la propia tierra organizados en compañías de escaramuceadores, y por último, varios centenares procedentes de las reliquias del ejército portugués trasladado á Francia. Estas columnas estaban destinadas á vigilar la frontera, á repeler cualquier insulto de las guerrillas, y á caer en caso necesario por el recuesto de los Pirineos para auxiliar á las tropas francesas cuando éstas lo requiriesen.

No bastaba esto, sin embargo, para la defensa de los Pirineos orientales, sino que era preciso socorrer al general Duhesme bloqueado en Barcelona; y por último, punto habían llegado las cosas en esta provincia, que el castillo de Figueras, donde se había metido una pequeña guarnición francesa cuando la sorpresa de las plazas fuertes de España verificada en marzo último, estaba completamente bloqueado y expuesto á rendirse por falta de víveres.

Resolvió Napoleón formar allí un pequeño cuerpo de siete á ocho mil hombres á las órdenes del general Reille, que era uno de sus más entendidos ayudantes, enviarle con un convoy de víveres á Figueras y reunirle después al general Duhesme bajo los muros de Gerona, con objeto de aumentar el cuerpo de ejército de Cataluña hasta unos veinte mil hombres; pero no era fácil juntar semejante fuerza en el Rosellón, porque no había tropas que estacionasen ordinariamente en la Provenza ni en el Langüedoc. Sin embargo, Napoleón encontró medio de hacerlo: á la columna de gendarmería, guardias nacionales, montañeses y portugueses, destinados á defender los Pirineos orientales bajo el mando del general Ritay, añadió otros dos regimientos italianos, uno de caballería y otro de infantería que formaban parte de las tropas toscanas y que había tenido la precaución de enviar con tiempo á la vuelta de Aviñón. Estaban en el campamento los cuerpos de que se habían sacado la división francesa de Chabrán y la italiana de Lechi; tomó de ellos Napoleón varios destacamentos, fáciles de formar por lo mucho que en los depósitos abundaban los reclutas, y los encaminó hacia el Langüedoc con la denominación de batallones de marcha de Cataluña. Tomó además en Marsella, Tolón y Grenoble muchos terceros batallones que en dichas ciudades se hallaban depositados, y uno de la quinta legión de reserva estacionada en Grenoble, y dirigiéndose por último á todos los regimientos que tenían sus depósitos en las orillas del Saona y del Ródano, y que podían en pocos días enviar por agua destacamentos á Aviñón, sacó de cada uno de ellos una compañía, de las que formó dos excelentes batallones que llamó primero y segundo batallón provisional de Perpiñán. Con esta ingeniosa combinación logró reunir un segundo cuerpo de siete á ocho mil hombres para Cataluña, sin debilitar de una manera sensible la Italia ni la Alemania. Por fortuna suya, la

tranquilidad que se disfrutaba en Francia le permitía privarse sin inconveniente hasta de las tropas de depósito. Ciertamente es, sin embargo, que estas tropas de origen y formación de toda especie, unas italianas, otras suizas, otras portuguesas ó francesas, de bisoños la mayor parte y aún no aguerridas, presentaban la más extraña mezcla, y sólo podían valer algo contando con la inteligencia de los oficiales que estaban destinados á mandarlas.

Después de tomar estas medidas para guarecer la frontera de España con las fuerzas necesarias, se ocupó Napoleón en destinarlas con arreglo á sus actuales urgencias. Había sucesivamente encaminado hacia Zaragoza los tres regimientos de infantería del Vístula, parte de la división de Verdier con este mismo general, mucha artillería de sitio, y una columna de guardias nacionales escogidos, formada en los Pirineos, lo que componía un total de diez á doce mil hombres. Ordenó al general Víctor que se encargase de dirigir el asedio, por no ser Lefebvre-Desnoettes más que general de caballería, y le dió al general Lacoste, que era uno de sus ayudantes, para dirigir los trabajos de los ingenieros. Todo hacía esperar que con semejantes fuerzas y mucha artillería se lograría rendir aquella ciudad sublevada; pero por si aún no bastaban, tenía destinados al mismo objeto Napoleón algunos de sus antiguos regimientos que marchaban hacia los Pirineos.

Dedicóse después á organizar con los regimientos procedentes de Bayona el cuerpo del mariscal Bessieres, destinado á proteger el viaje de José á Madrid y á hacer frente á los rebeldes del Norte, de quienes cada día se recibían noticias más alarmantes. De los seis regimientos veteranos pedidos por él al principio, habían llegado cuatro, que eran el 4.º ligero y el 15 de línea, y los 2.º y 12 de ligeros, y los dos batallones de París. Púsolos bajo el mando del valiente general de división Moutón, que se hallaba en España desde la primera entrada de los franceses, é hizo de ellos dos brigadas, confiando la primera, compuesta del 2.º y 12 ligeros y de los destacamentos de la guardia imperial, al general Rey; y la segunda, compuesta del 4.º ligero y 15 de línea con un batallón de la guardia de París, al general Reynaud. La antigua división del general Verdier, parte de la cual le había seguido á Zaragoza, fué agregada por completo á la división de Merle, y formada en cuatro brigadas bajo los generales Darmagnac, Gaulois, Sabattier y Ducós; y se mandó al general de caballería Lasalle, que tenía ya el 10 y 22 de cazadores con un destacamento de granaderos y cazadores de á caballo de la guardia imperial, que se agregase el 26 de cazadores y un regimiento provisional de dragones. Podía calcularse la fuerza de la división de Moutón en siete mil hombres, la de la división de Merle en ocho mil y algunos cientos, la de Lasalle en dos mil: entre todos diez y siete mil hombres. Varios pequeños cuerpos compuestos de tropas de los depósitos, de convalécientes, y de batallones y escuadrones de marcha, formaban en San Sebastián, Vitoria y Burgos, guarniciones para la seguridad de las ciudades, y hacían montar á veintiún mil hombres la fuerza del mariscal Bessieres, destinada á contener al Norte de España, á reprimir á los sublevados de Castilla, Asturias y Galicia, á interceptar el camino de Madrid y á escoltar al rey José.

Así, pues, Napoleón había ido enviando sucesivamente más de ciento diez mil hombres á España: cincuenta mil, diseminados por el Mediodía, estaban repartidos entre Andújar, Valencia y Madrid, bajo el general Dupont, el mariscal Moncey y el general Savary; veinte mil estaban en Cataluña, con los generales Reille y Duhesme; doce mil sobre Zaragoza con el general Verdier; de veinte á veintidós mil en torno de Burgos con el mariscal Bessieres, y varios miles desparramados entre los diversos depósitos de la frontera. Mucha fuerza hubiera sido ésta, y aun excesiva tal vez, tratándose de lidiar con tropas de línea y hacer una campaña regular contra la España, á pesar de que nuestros soldados eran bisoños y poco aguerridos; pero pronto veremos que era poca contra un pueblo sublevado en masa, que no se presentaba jamás en campo raso y que cortaba con barreras todas las ciudades, villas y aldeas, interceptaba los convoyes, asesinaba á los heridos y obligaba á cada cuerpo de ejército á desmenuzarse en multitud de destacamentos que le dejaban reducido á la nada. Para sofocar aquella formidable insurrección se hubiera necesitado inmediatamente de sesenta á ochenta mil combatientes más de tropas veteranas, y entonces hubiera sido probable el triunfo; pero Napoleón no quería sacar gente más que de sus depósitos del Rhin, de los Alpes y de las costas, ni disminuir los grandes ejércitos que aseguraban su imperio en la Italia, en la Iliria, en Alemania y en Polonia: nueva prueba de una verdad que hemos repetido con frecuencia en el curso de esta historia, á saber, que era imposible operar á la vez en Polonia, Alemania, Italia y España, sin exponerse á flaquear en alguno de estos países y quizá muy pronto en todos.

Había llegado el momento de que entrase José en España y resolvió Napoleón que la brigada del general Rey, que era una de las dos que componían la división de Moutón, saliendo al encuentro del nuevo rey en Irún, le escoltase por toda la extensión del mando del mariscal Bessieres, que se dilataba desde Bayona á Madrid. Acompañábanle con los miembros de la antigua junta sus nuevos ministros Ofarril, Azanza, Ceballos y Urquijo, unos sacados del mismo consejo de Fernando VII, otros de los gabinetes anteriores, pero todos unánimes ahora en el deseo de librar á la España de una contienda espantosa al adherirse á la nueva dinastía. Formaban el cortejo real más de cien coches que iban marchando al paso de las tropas. Era José de carácter benigno y afable, pero hablaba muy mal el español, conocía peor aún á la España, y por su semblante, su lenguaje y sus preguntas, daba demasiado á conocer que era extranjero; acogido y juzgado por esta razón con una malevolencia muy natural hasta cierto punto, daba pie á las interpretaciones más desfavorables. Siempre que hacían noche en alguna ciudad ó pueblo de consideración, ponía todo su conato en conversar con los principales vecinos, que á duras penas se prestaban á estar con él, y con sus maneras extrañas y su acento provocaba sus risas. En muy raras ocasiones los cautivaba con su bondad y dulzura visibles, y aun entonces al separarse de él hacían tristes y ridículas pinturas del que llamaban *el rey intruso*. La mayor parte se complacían en decir que José era un desdichado, que se veía precisado á reinar mal de su grado en España, víctima

del tirano que oprimía á su familia lo mismo que al mundo entero.

Las impresiones que experimentó José en Irún, Toluosa y Vitoria fueron profundamente tristes, y su alma débil, que había ya echado de menos repetidas veces el reino de Nápoles durante los días transcurridos en Bayona, se llenó de amarga pesadumbre al ver que todo el pueblo sobre el cual le llamaban á reinar estaba sublevado, asesinando á los soldados franceses y haciéndose matar por ellos. Las cartas que escribió desde Vitoria estaban impregnadas del más vivo dolor. *No tengo á nadie conmigo*, fueron las primeras palabras que dirigió al emperador y las que repetía con más frecuencia. El final de las cartas que escribía á su hermano cada noche era siempre este: *Necesitamos cincuenta mil soldados veteranos y cincuenta millones, y si tardas un poco necesitaremos cien mil hombres y cien millones*. Dejando á los generales franceses el duro encargo de sofocar la sedición, quiso, y era natural, reservarse el suave ejercicio de la clemencia y empezó á agregar á todas las peticiones que hacía de hombres y dinero quejas cotidianas sobre los abusos que cometían los militares franceses, constituyéndose en su acusador constante y en apologista no menos incansable de los insurgentes; y este género de contestaciones debían originar en breve entre él y el ejército divergencias enojosas, exasperando al mismo Napoleón. Cierta era por desgracia que nuestros soldados cometían muchos desacatos; pero estos mismos eran no obstante menores que los merecidos por la atroz crueldad de que eran constantemente víctimas.

No necesitaba por cierto Napoleón aquella correspondencia para conocer toda la extensión del error que había cometido, aunque no quisiese confesarlo. Todo lo sabía ya; la universalidad y la violencia de la insurrección le eran patentes. No obstante, había visto á los sublevados huir tan apresuradamente en campo raso, que todavía se prometía poderlos reducir sin gran dispendio de sangre francesa. «Ten paciencia, contestaba á José, y no desmayes. Yo haré que no se te escasee ningún socorro; te enviaré fuerzas suficientes, y dinero no te faltará nunca en España con una mediana administración. Pero no te constituyas en acusador de mis soldados, á cuya lealtad debemos tú y yo todo lo que somos. Tienen que habérselas con bandoleros que los degüellan y á quienes es fuerza contener por el terror. Procura granjearte el afecto de los españoles, pero no desanimes al ejército, lo cual sería un yerro irreparable.» Agregó Napoleón á estas razones las más severas instrucciones para sus generales, recomendándoles expresamente que no consintiesen el menor robo, pero que se condujesen con los sediciosos con inflexible severidad. No robar, y hacer fusilar sin piedad para acabar con el pretexto y la afición á sublevarse, vino á ser la orden más frecuente en su correspondencia.

Mientras iba viajando José al paso de la infantería, seguía la contienda con su suerte varia en Aragón y Castilla la Vieja. El general Verdier se había puesto sobre Zaragoza con dos mil hombres de su división, y encontrando allí los varios refuerzos que Napoleón le había mandado sucesivamente, tales como la infantería polaca y los regimientos de marcha, juntó unos veinte mil hombres de buena tropa y una numerosa artillería,

llevada de Pamplona. Había ya dispuesto que el general Lefebvre-Desnoettes tomase las posiciones exteriores, estrechase á los sitiados en la plaza y alzase numerosas baterías con el auxilio del general Lacoste. Resolvió en los días 1.º y 2 de junio (1), cediendo á reiteradas

(1) Creemos que hubiera sido muy conducente al buen desempeño del cargo de historiador, que exige mucha imparcialidad ante todo, referir siquiera sumariamente, ya que de hacerlo con el detenimiento debido habían de resultar muchos y muy envidiados timbres de gloria para los héroes de nuestro magnánimo levantamiento) los muchos combates que sostuvo el paisanaje de Zaragoza, abndonado á sus propias fuerzas y sin dirección alguna, contra las tropas de Lefebvre-Desnoettes, antes de la llegada de Verdier, y señaladamente la primera embestida que dispuso aquél contra la ciudad el 15 de junio, y cuyo resultado fué tenerse que retirar á media legua de Zaragoza, dejando el campo sembrado de más de quinientos cadáveres. No era de llamar tampoco la noble respuesta dada por Palafox á la intimación que le hizo el general francés el 27, en que se leen estas frases dignas de pasar á la más remota posteridad: «Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad: no deben tomarse, pues, este trabajo esas tropas, que aún estarán cansadas de los días 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños;» ni debió en manera alguna pasar en silencio Mr. Thiers la acción de la Muela, en que el regimiento español de Fernando VII, compuesto de gente nueva y allegadiza, y por lo tanto no fogueado, se condujo por espacio de seis horas como si se compusiera de soldados veteranos; ni el admirable juramento, digno de figurar entre los rasgos épicos de la clásica antigüedad, que con tanto orden y majestad prestaron el día 26, por excitación del justamente célebre Calvo de Rozas, todos los vecinos, soldados, oficiales y paisanos armados que defendían á Zaragoza (y que el señor Thiers comprende bajo la denominación general, expresiva y generosa de *bandoleros*), cuando, como dice el conde de Toreno, á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, «de que los defensores de Zaragoza juntos y separados derramarían hasta la última gota de su sangre por su religión, su rey y sus hogares.» ¡Hermoso juramento que basta por sí solo para explicar el maravilloso esfuerzo de aquella ciudad, sólo comparable con Sagunto y Numancia! ¿Para cuándo deja Mr. Thiers el referir aquel rasgo inimitable de Calvo de Rozas, cuando lleno de serenidad y entereza, con un sencillito ardid inspirado por su alma grande, frustró el villano intento de un comandante enemigo que le sorprendió traidoramente, y que para intimidarle hizo que sus soldados le rodeasen encarándole las armas? ¿Cuándo dirá el historiador aquella bárbara é inhumana acción de los franceses, que después del espantoso incendio ocurrido en la tarde del día 27 en el almacén de pólvora del Seminario, de cuyas resultas se volaron y desplomaron todas las manzanas de casas circunvecinas y hubo estragos en casi toda la ciudad con numerosas muertes, aprovecharon la consternación producida por la horrenda catástrofe y la pérdida de las escasas municiones de que disponían los sitiados, para reiterar sus ataques? Probablemente no lo dirá nunca; y sin embargo, ¡cuántos hermosos cuadros pudo haber sacado su experta pluma de los episodios, ya individuales, ya generales, de aquella tremenda prueba sufrida por uno de los pueblos más religiosos y patrióticos de la tierra! Mr. Thiers no vuelve á acordarse de Zaragoza hasta después de la batalla de Bailén, para referir las embestidas dadas en el mes de agosto, sin acordarse de que el gran bombardeo dispuesto por Verdier comenzó el 30 de junio, penetrando los proyectiles por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas; sin indicar siquiera el raro ejemplo de desprendimiento dado por los dueños de las huertas y olivares, de los deliciosos jardines y quintas que encubrían á la parte exterior los aproches del enemigo, que ayudaban gustosos con sus propios brazos al total asolamiento de sus bienes, y se glorian de cooperar á la libertad de su patria cuando veían las llamas devorar el fruto de muchos años de sudores y trabajos; sin dedicar por último una línea de encomio á los nombres humildes, pero eternamente ilustres, de Agustina Zaragoza y del tío Jorge, y á los infatigables pobladores que en medio de sus indecibles angustias y apretada escasez de todo acopiaban la harina para hacer pan de munición, lavaban la tierra de las calles para tener salitre, é incendiaban sus

instancias de Napoleón, intentar un ataque decisivo con veinte bocas de fuego de grueso calibre y diez mil infantes enviados al asalto. Asienta toda la ciudad de Zaragoza en la orilla derecha del Ebro, y no tiene en la izquierda más que un arrabal; desgraciadamente no se había podido aún, á pesar de las repetidas órdenes de Napoleón, echar un puente sobre el Ebro de modo que pudiera llevarse á todas partes la caballería cortando á los sitiados las comunicaciones con los de afuera, así que recibían sin dificultad por el arrabal de la orilla izquierda víveres, municiones y refuerzos de desertores y de sublevados, y casi todas las partidas sueltas de Aragón habían acabado por juntarse en la ciudad. Situada enteramente como hemos dicho en la orilla derecha, estaba Zaragoza ceñida por un muro (2), flanqueada á la siniestra mano por un fuerte castillo llamado de la Inquisición (3), al centro por el espacioso convento de Santa Engracia, y á la mano diestra por otro convento no menos grande denominado de San José. Hizo el general Verdier asentar contra el castillo una poderosa batería de brecha, y se reservó aquel ataque como el más arduo y decisivo. Dirigió otras dos baterías de brecha contra los conventos de Santa Engracia y San José, esto es, contra el centro y contra la izquierda, y confió estos dos ataques al general Lefebvre-Desnoettes.

El día 1.º de julio, dada la señal, rompieron un vivísimo fuego de veinte morteros y obuses sostenidos por toda la artillería de campaña, contra los grandes edificios que flanqueaban el muro de recinto y contra la misma ciudad. Cayeron sobre la malhadada población más de doscientas bombas y mil doscientas granadas, ocasionando muchos incendios, sin que esto desanimase en lo más mínimo á sus defensores, que eran por lo general forasteros, y que apoyados de los edificios cercanos á los puntos de ataque apenas sufrían descalabro. Dirigidos por algunos ingenieros españoles, habían puesto en batería cuarenta bocas de fuego que correspondían perfectamente á nuestras descargas. En los puntos donde podíamos asomar tenían columnas compuestas de desertores del ejército español y por lo menos diez mil paisanos ocultos en las casas. En la mañana del 2 de julio, habiendo abierto espaciosa brecha en el palacio de la Inquisición y en los dos conventos que flanqueaban el muro de recinto, entraron nuestras tropas al asalto con el ardor peculiar de los soldados jóvenes y poco experimentados; pero fueron recibidos sobre la brecha misma del castillo de la Inquisición con descargas tan terribles, que helados de espanto se detuvieron á pesar de todos los esfuerzos de sus oficiales. Lo mismo acaeció en el convento de Santa Engracia, situado en el centro. Sólo á la derecha consiguió el general Habert apoderarse del convento de

cáñamos para proporcionarse carbón; y repelían después á los franceses del convento de la Trinidad con muy grande descalabro, y hacían salidas hasta el monte Torrero, retirándose á sus hogares cubiertos de sangre y de despojos (N. del T.)

(2) Ya en otra nota anterior hemos corregido este error de suponer á Zaragoza ciudad murada. (N. del T.)

(3) Llama Mr. Thiers castillo de la Inquisición al antiguo alcázar de la *Aljafería*, morada en otro tiempo de los reyes de Aragón. Los Reyes Católicos instalaron el Santo Oficio en una de sus piezas bajas de resultas del asesinato de Arbués; pero la *Aljafería* no ha llevado jamás aquel nombre. (N. del T.)